

LA LÓGICA DEL MAR SALVÓ MI VIDA

Cristina Bertrand

Picos de Europa, mayo de 2016

Solíamos pasar todos los veranos en Gijón. La playa de Gijón, debido a su configuración, tiene dos zonas muy diferenciadas, La Escalerona y el Piles. En el Piles la playa es más abierta y, por lo tanto, el mar es más picado. El mar Cantábrico es muy bravo y a veces las olas alcanzan grandes alturas.

Hay un sistema de señales para los bañistas. Si la bandera está blanca no hay ningún peligro y uno se puede adentrar en el mar. Si amarilla, hay resaca y hay que tener mucha precaución. Y si es roja, está prohibido bañarse y los rescatistas lo impiden si ven a alguien con intención de bañarse.

Nuestra caseta de la playa estaba en el Piles pero al llegar a la playa un día, vimos que acababan de poner la bandera roja. En la Escalerona, sin embargo, aún estaba la bandera amarilla. Así es que decidimos ir andando hasta allí para bañarnos, aunque fuera con precaución. Al acercarnos a la orilla nos dimos cuenta de que la resaca era muy fuerte, sólo con poner el pie desaparecía la arena de debajo en un instante. Pero íbamos andando por la orilla, apenas mojándonos los pies.

Nadie me puede explicar ni nunca aún lo he comprendido cómo, cuando estábamos a punto de llegar a la Escalerona me encontré en el mar abierto, lejísimo de la playa. Realmente, no puedo explicar cómo pasó. La resaca debió haberme hecho caer en el agua y de ahí a adentrarme en el mar fue todo un instante del que no me percaté. Las olas eran enormes, tal vez de más de 3 metros y se sucedían sin cesar. Sin embargo, no me dio miedo porque veía aún la playa lejos y podía observar los chalecos brillantes de los rescatistas. Entonces pensé que inmediatamente vendrían a por mí.

Gran error por mi parte. Los rescatistas no se movían y empezó a acumularse un gran gentío en la playa que, según suponía, me miraban luchar contra las olas. Pero seguí pensando que vendrían a rescatarme. De nuevo otro error, y entonces recordé que los rescatistas no tenían la obligación de rescatar a nadie cuando la bandera estaba roja porque se suponía que ellos también estarían en peligro de perder su vida. Sin embargo... una cosa es la ley y otra salvar a una niña ¿no? No. Aquellos rescatistas no tenían la mínima intención de eso: de salvar una vida.

Así es que aquí estaba yo sola luchando contra las olas enfurecidas. Como yo era buena nadadora, pensé que si nadaba rápido podría llegar a la playa. Otro gran error. Porque por muy rápido que nadara, al sucederse las olas unas detrás de otras y sumergirme a su paso, no me dejaban tiempo de respirar. Entonces mis fuerzas empezaron a abandonarme.

Pero la lógica salvó mi vida. No sé si el universo me ayudó pero de pronto se me apareció con toda claridad el siguiente razonamiento: yo nado rápido pero el mar es más rápido. Yo tengo fuerzas pero el mar es más fuerte. Lo único que me puede salvar es el mismo mar. Para ello tengo que hacer una cosa que parece que va en contra de toda lógica pero que sin embargo es la única lógica. Retroceder con el mar y avanzar con el mar.

Y así lo hice. Cuando veía venir una ola inmensa, en vez de luchar contra ella intentando avanzar pero casi sin poder respirar, me tapaba fuertemente la nariz, dejaba que la ola me envolviese y me llevase hacia atrás en su retroceso. Al acabar la ola y salir yo a la superficie nadaba a toda velocidad hasta que llegaba la siguiente ola. Retroceso y vuelta a avanzar. Retroceso y vuelta a avanzar. Realmente perdí la noción del tiempo y no sé cuánto tiempo estuve nadando. Pero llegué a la playa. El gentío era inmenso y nadie se lo podía creer. Pero yo me desmayé y ya no me acuerdo de nada más.

Desde entonces la lógica ha guiado mi vida. No importan los retrocesos, lo esencial es seguir avanzando.

